

yo no estravió mi alma en esta vasta estension: concentro en derredor de mí mis pensamientos y mis afectos; existo mas en mí misma y en los objetos que me inspiran aficion. Creo las virtudes y la sensibilidad de mi sexo mucho mas cerca de la naturaleza, que el entusiasmo y los sentimientos exagerados de los hombres por la patria y por la gloria.»

El amor á las riquezas era una pasion que su alma no conocia. Un hombre rico que necesitaba de su crédito, la envió cierto dia dos jarros de oro, de un trabajo esquisito; pero ella se los devolvió llenos de escelente vino, y con recado de que todo el que le quedaba estaba á su disposicion.

Sus inclinaciones eran tan sencillas como su alma. Amaba con pasion el campo y las flores. Todo su adorno se reducía á un aseo estremado. En los libros queria perspicacia, pureza de estilo, nobleza, ideas profundas, y mas verdad que imaginacion. Un dia arrojó uno encolerizada, diciendo: «Todo él es ingenio.» Amaba la pintura, la música y el baile; pero especialmente la poesia, á la cual llamaba la música del alma.

Veíase en su biblioteca, al lado de Euclides, Democrito y Platon, Hesiodo, Anacreon, Homero, Euripides y Sofocles. La lectura, decia frecuentemente, es para con el genio lo que son á las plantas los rayos del sol. Pregun-

táronla; como podia reunir los placeres y las obligaciones de la sociedad al tiempo que empleaba en el estudio? y respondió: «Tres cosas arrojan por la ventana las mugeres de Atenas, que son el tiempo, la salud y el dinero. Yo soy muy económica de estas tres cosas; pero, en cuanto al tiempo, me gobierno como aquellos que tienen medianos bienes, y que por medio de una economía interior se ponen al nivel de los mas opulentos.»

Tal era la amable Lastenia, cuya memoria no ha padecido alteracion en mí despues de treinta años que hace que los Dioses nos la han arrebatado.

CAPITULO VI.

*Acusacion y juicio del filósofo Cleanto.
Noticias sobre Aristipo.*

TENIA yo permiso para visitar á Lastenia. A la mañana siguiente, me preguntó; como habia pasado la noche? — Paseandome, la respondí, por las orillas del Iliso. ¿Volveis allá hoy por la mañana? — No, Antenor, porque voy al Areopago. ¿Conoceis á Cleanto, el filósofo del Pórtico? pues ese está citado para dar cuenta de su conducta. — ¿Que me decis, Lastenia! ¿aquel personage sabio y

grave? ¿de que pueden acusarle? — De haber nacido pobre, Antenor. Llegó á esta ciudad no mas que con cuatro dracmas. Los Atenienses opinan que un hombre indigente y falto de todo es enemigo de todos; y hay una ley que obliga á cada ciudadano á declarar sus medios de subsistencia. No deja de darme cuidado Cleanto. Le he ofrecido el crédito de Aristipo y el mio, pero no ha querido admitir mi oferta. Me tiene inquieta y curiosa, y por eso quiero ir á ver como sale de la acusacion, porque en fin todo el mundo sabe que nada tiene, y que pasa los dias en la escuela de Zenon. Acompañé á Lastenia al Areopago. Luego que el acusado compareció, le preguntáron los jueces severamente ¿con qué oficio ó trabajo se mantenía? Entónces Cleanto puso delante de los jueces á un jardinero y á una panadera vieja, y les dijo que respondiesen por él. El jardinero dió testimonio de que todas las noches le sacaba Cleanto agua para el riego; y la panadera lo dió de que, cuando salia de casa del jardinero, iba á su casa á amasar para ella. Esta justificacion le granjeó á Cleanto la estimacion y el aprecio de toda la concurrencia; y los mismos jueces, asombrados de aquella grandeza de alma, le hicieron euantiosos regalos; pero él los rehusó diciendo: « Ya veis que tengo un tesoro en mi trabajo. » Cuantos espectadores habia

le aplaudiéron, gozosos de ver su desinterés, y le lleváron en triunfo.

Al entrar en casa de Lastenia encontrámos á Aristipo, quien de allí á poco nos dejó.

Como aquel galan filósofo era el objeto oculto de mis zelos, me aventuré á decir á Lastenia, que aquel hombre tan sosegado y apático, ó habia de sentirse agitado de su amor, ó habia de tener el alma petrificada por la cabeza de Medusa. — Aristipo protesta que soy la muger que mas ha amado; y yo confieso que su jovialidad, su talento y sus luces divirtiéron mi imaginacion, y empañáron los afectos de mi alma; pero no ha tenido arte para alimentar aquella ilusion. Quiso agradarme, y lo logró; pero el entendimiento, aunque entretiene, no quema; es un fuego de fósforo: el amor no pasa de un sentimiento comun y despreciable, cuando no lo acompaña algo de embriaguez y de entusiasmo. Pero como yo no tenia mas que veinte años, fui seducida, y acaso lo fui tanto por el amor cuanto por el lenguaje y adhesion de Aristipo; y no hay duda en que mi debilidad y mi inclinacion le hubieran dado el triunfo, si sus chistes, sus chanzas y sus ligerezas no hubiesen poco á poco entibiado mi corazon. Cuando hablaba, le encontraba yo mil gracias, y me daba la enhorabuena de su conquista; y cuando se iba, mis reflexio-

nes le eran contrarias, y me afirmaba en mis repulsas. Por fin, fijó mi irresolucion un pasage de su conducta. Ya sabeis el desastrado fin del hombre mas sabio de todos, esto es de Socrates. Aristipo era su amigo, y dejó de visitarle desde que le condenáron á beber la cicuta. Preguntéle el motivo. — « Si yo pudiera, me contestó Aristipo, romper sus hierros, volaria á socorrerle; pero como me veo imposibilitado de servirle, me ahorro el dolor de verle padecer: ¿á que viene inventarse penas? Cierta dia que habia yo de dar una gran comida, me dijéron que estaba espirando un amigo íntimo mio. Inmediatamente participé la novedad á mis convidados, y corrí á emplear todas mis atenciones en el enfermo. No pude retardar su muerte ni un minuto: espiró una hora ántes de ponerse el sol. Envié al instante á llamar á mis amigos, y no fuéron del todo inútiles mis gastos. — Vuestra filosofia, le dije, es de una complexion felicísima, porque podeis disfrutar de todos los placeres, menos el de verter lágrimas. »

Aquel adquirido conocimiento de su carácter me determinó; y despues de una penosa lucha le envié á llamar. El se portó con su ordinaria ligereza, diciendome cosas agradables y lisonjeras. Resistí á la seduccion. « Querido Aristipo, le dije no sin algun en-

cogimiento, aprecio vuestra inclinacion, y os aseguro que vuestra filosofia amable, y lo chistoso y penetrante de vuestro entendimiento, serán, miéntras viviere, el encanto de mi vida. Nacisteis para instruccion y para adorno del mundo; pero confesadme que no nacisteis para amar. — ¿Que decis, Lastenia? ¿por que quereis echarme tan cruelmente del templo del amor? — Porque no teneis, Aristipo, el don de amar, y porque amais por sistema y por conveniencia, y no por sentimiento. — Pero, Lastenia, las máximas son necesarias hasta en el amor: este Dios es un niño, y como tal se ha de jugar con él, y no tratarle gravemente. Las pasiones tumultuosas y ponderadas cansan al alma, y la cargan de nubes. El céfiro es quien abre las flores, y el boreas quien las marchita y abate. — Pues bien, Aristipo, os cojo la palabra: os deberé mi reposo y mi filosofia. Habeis des- embarazado mi entendimiento de muchas preocupaciones; me habeis ilustrado: permitidme, pues, que yo os ilustre á mi vez. En vos el amor no es mas que una fantasía y un movimiento del amor propio: quereis parecer amable, pero se os da poco de amar ó de ser amado. Ceñios pues á la amistad, que es un sentimiento mas sosegado, y mas análogo á la esencia de vuestra alma. — ¿Que hablais, Lastenia? ¿quereis encerrarme en el estrecho

círculo de la amistad? — Sí, con tal que me juzgueis digna de ser objeto de la vuestra. — No puedo rehusar, Lastenia, un título tan lisonjero, porque sois muy amable, y valeis mucho; pero con dificultad apagaré el fuego que han encendido en mí vuestros sobrados atractivos. — Consultaos bien, estudiad vuestros gustos y vuestra alma: con las gracias del ingenio, el prestigio de los placeres, y la seducción de los sentidos, encontraréis mil amantes; pero solo el mérito puede fijar la amistad. — Me temo, Lastenia, que teneis razon. Vaya pues: repudio al amor, y abro mi puerta á la amistad. »

Desde entónces es amabilísimo nuestro trato. Ni zelos ni querellas escitan entre nosotros altercados. Cuando reincide en su defecto habitual, hablándome de galantería, le digo riendome: « Cuidado que os engañais; mirad que vamos por el camino de la amistad. »

CAPITULO VII.

*Modo de pensar de Lastenia sobre el amor.
Compone Antenor una tragedia para agrada-
larla.*

VISITÉ con sobrada frecuencia á la amable Lastenia, y se me clavó en el alma el dardo

del amor. Siglos de vida hubiera yo dado por ser amado de ella algunos meses. Díjome un día, hablándome de la mala eleccion de algunas mugeres en sus inclinaciones: « Jamas amaré hombre que no tenga talento y erudicion. Si puede perdonarsenos alguna flaqueza, es solo en el caso de que el talento y mérito del objeto amado publique que nuestra inclinacion está purificada por un gusto fino y delicado. Amar á un necio, es identificarse con él, es poner carteles de que se tienen sentidos, y no alma; y es despojar á Venus de su ceñidor. La Diosa de las bellas artes, Minerva, ha fijado su residencia en Atenas, como el clima mas dulce y el mas favorable á los progresos del talento y del genio. Descuidar el culto de esta divinidad, es caminar sobre las huellas de los bárbaros, es sumir su alma en las tinieblas. »

Aquel discurso bastó para dedicarme al estudio, y para buscar la gloria; de manera que concebí el proyecto de componer una tragedia. Trabajé en ella misteriosamente, con el ardor é impetuosidad de un jóven. Mi plan fué obra de una semana, y mis versos la de un mes; verdad es que empleaba hasta las noches. Instaba el tiempo, porque estábamos ya en la primavera, que era el tiempo en que se celebraban las grandes fiestas de Baco. El asunto de mi pieza era la muerte de Aquiles,

dada por Paris en el instante en que iba á casarse con Polixena.

Acabado mi drama, se lo leí á cinco jóvenes amigos míos, iniciados en los misterios de la literatura. No se conformaron en sus elogios ni en sus censuras. Uno aprobaba lo que criticaba el otro: este queria suprimir, aquel pretendia aumentar. Finalmente, despues de haber analizado, desmenuzado, criticado y aprobado mi drama durante toda una mañana, se retiraron aquellos bellos espíritus, dejandome mas indeciso que ántes de la lectura.

Confíe mis ansias y mi suceso á otro amigo, sabio sin presuncion, que cultivaba las letras solo por hacerse feliz. — Escuchad, me dijo, el pasage de Policeto de Siciona, célebre estatuario. Trabajaba á un mismo tiempo dos estatuas semejantes, la una en público, y la otra en secreto: para esta consultó solamente con su ingenio, y para la otra admitió cuantos consejos le diéron, corrigiendo, añadiendo y quitando á gusto de los críticos. Acabadas ámbas obras, las espuso una al lado de la otra. Censuraron amargamente la estatua pública, y la de su ingenio reunió todos los sufragios. — «Atenienses, exclamó entónces Policeto, la figura que criticais es obra vuestra, y la que admirais es obra mia.» Aconsejos pues, añadió mi amigo, que conféis

en vuestras fuerzas, y que sigais vuestra Minerva. — Con mucho placer hubiera yo consultado á Lastenia, cuyo buen gusto y sana crítica conocia; pero aspiraba yo á sorprenderla y admirarla con un golpe maestro.

Cuando ya hube pulido, limado y dado el último color á mi cuadro, encontré á Eupolis, poeta dramático, á quien habia yo visto muchas veces en casa de Lastenia. Me convidó á ver una comedia suya, que habia de representarse en las fiestas de Baco. Parecióme favorable el momento para confiarle el secreto de mi produccion y pedirle sus luces, y añadirle que esperaba de su amistad un lenguaje sincero. Así me lo prometió, y con tanto mas celo cuanto que él mismo lo exigia de los amigos suyos. Le convidé á comer para el dia siguiente: tratéle con esplendidez, y acabada la comida empecé mi lectura. Escuchó atentamente, me detuvo sobre ciertos menudos reparos, y me hizo observaciones juiciosas; pero quedó satisfecho de mi ensayo, me aseguró que tendria un éxito lisonjero, y me dejó prendado de él y de mi obra.

Inmediatamente la presenté al primer arconte y á los jueces nombrados con él para admitir ó desechar las piezas (a): el primer

(a) Habia en Atenas un tribunal nombrado para

arconte no aprobó la elección de mi asunto: « Para los Atenieses, me dijo, el verdadero objeto de la tragedia es castigar la tiranía: las escenas trágicas producen dos grandes ventajas; el pueblo aprende, por las pinturas que se le ofrecen de las acciones y crueldad de los tiranos, á detestar el gobierno absoluto, y á amar la libertad. » Sin embargo, á pesar del asunto de mi pieza, los jueces me fuéron favorables, y fui inscripto en los registros. Esperé la representacion con toda la impaciencia de un poeta jóven.

Llegó aquel dia. Asi que salió el sol, corrí al teatro que se abre á aquella hora, porque en las grandes dionisiacas se representan diez ó doce piezas al dia, y no se acaba el espectáculo hasta entrada la noche. Estaba adornada la escena con decoraciones muy bien ejecutadas por una parte, y por otra con un vasto anfiteatro que se levantaba hasta una grande altura.

Acudió el pueblo de monton, y subia, bajaba, gritaba, reia, y se repujaba sucesivamente. En medio de aquel tumulto vi entrar á los nueve arcontes ó magistrados primeros, á los tribunales de justicia, al senado de los

juzgar las piezas teatrales. Algunas veces se juzgaban, en pocos dias, hasta cien tragedias. Cada poeta debia hacer representar tres dramas trágicos, y uno sâtirico.

quinientos, á los oficiales generales del ejército, y á los ministros de los altares, que ocupáron las gradas inferiores. Las mugeres se colocáron lejos de los hombres y de las cortesanas.

Los Atenieses ricos traian tapices y almohadones de púrpura. A otros, miéntras la representacion, les trajéron vino, pastas y frutas. El número de los espectadores ascendia á treinta mil. ¡Que concurrencia para un autor (a)!

Dí á los actores, para causar mas impresion, un calzado altísimo, máscaras nuevas, y vestidos talarés y magníficos. En mi drama salian sombras de los sepulcros, hacia comparecer divinidades infernales, hórridas y lividas, armadas con antorchas, y entrelazado el pelo con serpientes; y habia tambien horribles espectros que rugian. Viendome pues apoyado con tantos medios, y casi no dudando del éxito, me coloqué lo mas inmediato que pude de Lastenia, para gozar en mi ánimo de sus aplausos y de sus lágrimas. — Abrióse la escena, llegó el coro al número

(a) Pericles estableció fondos para que se distribyeran á los ciudadanos pobres que no podian pagar sus asientos en los espectáculos; y el pueblo pronunció pena de muerte contra quien propusiese aplicar aquellos fondos á otros usos.

de quince personages (a), precedidos de un flautista que arreglaba la marcha. Los que hacían el coro eran ancianos y jóvenes de ámbos sexos, que representaban sacerdotes y guerreros (b). Apoderóse de mí el terror, y se sucedieron rápidamente mis pulsaciones. Primero escucháron los espectadores en silencio, sin señal alguna de aprecio ni de reprobación; pero á poco empezó el murmullo, el cual, semejante al viento ligero precursor de las borrascas, creció, se elevó, y prorumpió en silbidos y en risas immoderadas. Mis espectros y sus rugidos solo asustáron á las mugeres y á los niños. Heme aquí transido, helado, palpitante, y fuera de mí. ¡Que caída tan dolorosa! ¡y delante del objeto de mi amor! A pesar de todo, contaba yo mucho sobre mi último acto, en el que había reunido, como en un foco, toda la importancia de la pieza. Aquiles moribundo presentaba, á mi modo de entender, un cuadro muy patético. Pero súbitamente empezó á tronar, sobrevino la lluvia, y que-

(a) Los coristas eran quince en la tragedia, y veinte y cuatro en la comedia.

(b) Los coros cantaban todos juntos cuando los actores se retiraban, ó bien se mezclaban frecuentemente en la acción, y cantaban ó declamaban con los personages.

dáron el teatro, los actores y el autor abandonados. Todos huyéron, y yo tambien huí avergonzado, desesperado, persuadido á que aquello solo á mí podia sucederme, y maldiciendo á Tespis el inventor de la tragedia (a).

No tanto eran mi suplicio los silbidos del público, quanto la irreparable afrenta que me envilecia para con Lastenia, que era por quien yo había procurado volar al templo de la gloria.

En las pesadas horas de la noche me asaltó una calentura, y al dia siguiente solo medité proyectos siniestros. Quise huir de Lastenia y del mundo, sepultarme en un desierto, y terminar allí una vida odiosa. Entre estas angustias crueles pasé dos dias, solitario, aprehensivo, y sin tomar reposo ni alimento.

Al tercer dia por la mañana recibí un billete de Lastenia, la cual me preguntaba á que planeta me había retirado, y me pedia con instancia que fuese á verla. Hizome vacilar un necio amor propio; pero en fin pudo mas el amor que la vanidad. Fuí allá: un pasmo me sobrecogió á la puerta; temia que supiese ya mi desastre. Asi que alcanzó á verme, se vino á mí, y me alargó la mano con aire afectuoso y risueño, diciendome: «¿Que es eso, pobre autor? ¿con que ha

(a) Como el teatro no tenia techo, se iban los espectadores cuando llovía.

caido vuestro drama, y yo no os puedo consolar en vuestra desgracia? Algo mas presumia yo de vos y de mí. » Estas palabras, y la dulce serenidad de su rostro, templaron mis ansias. — ¿Con que sabeis, Lastenia, que soy el desgraciado autor que?..... Espiró la palabra en mis labios. — Sí, Antenor; y desde ayer no mas. Eupolis es quien os ha nombrado, y quien anunció la caida de vuestra tragedia. — ¡Como, Lastenia! ¿el mismo Eupolis?..... Pues á él se la leí, y me aplaudió, y me aseguró de un éxito dichoso. — ¡O traicion de autor! Bien, Antenor, se vé que sois un jóven adepto. ¿Posible es que os fiáseis de vuestro competidor? ¿No veiais que vuestra desgracia realzaba su gloria? Pero decidme, ¿cual fué vuestro objeto al componer esa obra? ¿Soñásteis como Esquilo (cuando estaba guardando una viña), que Baco os mandaba hacer una tragedia? ¿ó queriais ilustrar vuestro nombre adquiriendo gloria? — No, Lastenia; yo os lo juro, no ambiciono los aplausos del público: otro sufragio mas lisonjero inflamó mi ánimo. Un dia me dijisteis que jamas amariais á un hombre sin letras ni talento. Inmediatamente me dediqué al estudio, y compuse esa pieza infeliz para conciliarme una mirada vuestra. — ¿Con que no aspirábais mas que al sufragio mio? — No mas que al vuestro, Las-

tenia; y por obtenerlo daria yo toda la gloria de Sofocles y de Euripides. ¡Ay de mí! puede perjudicarme una tragedia tan vergonzosamente silbada. — Nada temais, pues ántes bien os será útil, habiendome dado á conocer vuestro corazon, y aun la estension de vuestro ingenio; porque el drama, bien que débil y mal concebido, no podia producirlo un hombre sin talento. — Su caida pues será mi embeleso, Lastenia. — Nada perdisteis, Antenor. — Al oír esto, me arrojé á sus piés, le juré un amor ternísimo, y la rogué que me abriese su corazon, y que me alumbrase con algun rayo de esperanza. — ¿Con que quereis que yo os ame, Antenor? ¿Sabeis que tengo treinta años de edad, y que sois un niño en comparacion mia? — Con eso, Lastenia, quereis decirme que sois mas instruida y mas amable que yo; pero el amor desarrollará mi talento y los resortes de mi alma, y me levantará hasta vos. — En fin, por entre el velo de la timidez me dejó divisar que era amado.

Un necio triunfa cuando alcanza la conquista de una muger que ordinariamente no vale mas que él, ó que, sin gusto en su eleccion, le prefiere por motivos poco lisonjeros; pero Lastenia honraba aquel á quien distinguia. Los mayores filósofos, los hombres mas amables, los sugetos mas principales de

Atenas estaban á sus piés, y nunea habia profanado ni el amor, ni su corazon, por una aficion poco digna. Solo habia amado á Aristipo, y este sentimiento y su conducta con él hacian su elogio.

Víme vengado de Eupolis, ó por mejor decir, aun me costó este pesares y lágrimas. Apasionado de la jóven Gliceria, los unió el himeneo. El dia de este fué señalado con fiestas, con pompas y placeres. La noche vino á prestar su velo á delicias mas dulces: ¡mas que noche! hallóse al dia siguiente á los dos esposos en los brazos el uno del otro, sin movimiento y sin vida.

Despues del mal éxito de mi tragedia, época bien cara á mi corazon, la mas dulce claridad hermoseó mi existencia. Todo entregado al amor y á Lastenia, pasabase mi vida deliciosamente al lado de esta. Paseábamonos todos los dias por las riberas del Cefiso ó del Iliso: frecuentemente, huyendo los paseos concurridos, trepábamos por colinas cubiertas de olivos, de laureles y de viñas. Allí estendiendo sus miradas sobre un vasto horizonte, contemplando el nacer y el morir del sol, Lastenia esclamaba en su entusiasmo: « ¡Que magnífico cuadro! ¡como todo es mezquino y miserable en nuestras ciudades!..... » Así decia que en el recinto de las murallas no se respiraba.

En una de nuestras correrías me dió una tierna prueba de la bondad de su corazon. Errábamos por la campiña, y hallámos una aldeana llorosa, que suspiraba y gemia. Vuela á ella Lastenia, y se informa de la causa de su llanto. La desgraciada la lleva ácia su vaca que acababa de espirar: era toda su riqueza, su único recurso, y con su leche alimentaba dos hijos. « ¡Ay de mí! van á morir de hambre. » Lastenia la consuela y la promete otra vaca, corre á la ciudad, y se la trae. « Estoy contenta, me dice, de este dia; es necesario negarse las cosas superfluas, para proporcionar lo necesario á los otros. »

Por desgracia, la prolongacion de la misma situacion produce el hábito, y el hábito lo marchita todo: el placer del dia de mañana debe ser diferente del de la vispera. Al principio, solo habia deseado el corazon de Lastenia: ser amado de ella, me parecia el colmo de la felicidad. Bien pronto otros deseos mas ardientes, mas impetuosos, abrasáron mi sangre y mi imaginacion. Lejos de respirar á su lado una felicidad pura, una calma deliciosa, me consumia un fuego secreto, y no la encubria la causa. Solicitaba favores, mas ella me rechazaba con severidad. « El amor, me decia Lastenia, es mucho mas vivo y mas amable, adornado de su ilusion, que despues de la posesion que disipa su prestigio. — Si

el placer destruye algunas veces el encanto que circunda al objeto amado, solo es despues de habernos embriagado con la ambrosia de los Dioses. El tiempo, tal vez el dulce y largo hábito de la felicidad, debilitan el amor; mas si nos privamos de sus favores, ¿que queda? el pesar de haber perdido hermosos días. — Estais bien lejos de la delicadeza del jóven Trasonides: estaba, segun la espresion de un sofista, tan enamorado de su amor, que rehusó el poseer á su querida, de miedo que la posesion no entibiase sus deseos, y no turbase el encanto de su pasion. Dionisio de Siracusa presentó un dia al voluptuoso Aristipo tres bellas cortesanas, permitiendole que escogiese una, y Aristipo aceptó las tres, diciendo que no le habia salido bien á Paris el haber escogido. Mas luego reflexionó que era hermoso vencerse, y al punto despidió las tres ninfas, y volvió á su casa, encantado de su razon y de su triunfo. — Vuestra comparacion no tiene ninguna semejanza con mi situacion; Aristipo no amaba, y en cuanto á ese Trasonides tan delicado y tan gran metafísico, no se deben alabar las virtudes cuya fuente no se conoce.»

En aquel momento entró Aristipo, y dijo á Lastenia: « A buscaros vengo para llevaros al Areopago, porque van á juzgar á la desventurada Eudoxia. » — Me habeis estreme-

cido, repuso Lastenia: ¿cuanto la compadezco! pero conozco que su culpa es grave. ¡Envenenar á su amante! ¡que atrocidad! — Las apariencias deponen contra ella, Lastenia; pero Eudoxia está inocente. El público que siempre es ligero, y que siempre está pronto á condenar, pide á voces su suplicio. Es una barbarie. Escuchad algo de su catástrofe que acaban de contarme.

CAPITULO VIII.

Historia de Ificrates y de Eudoxia.

IIFICRATES, que vivia ciegamente enamorado de Eudoxia, tuvo el arte de inspirarla una pasion tan viva como la suya. Eudoxia era hermosa, jóven y tierna, y de corazon ingenio y amenísimo; pero tan limitada de imaginacion que no sabia mas que amar, no conocia el arte de variar las escenas del amor, de hermosearlas, y de encadenar el corazon con los encantos del ingenio. Los entreactos del amor son largos. Ificrates al contrario tenia una actividad inquieta: ávido de deleites y de instruccion, acariciaba á todos los gustos y á todas las artes; pasaba del estudio á los placeres, y de los placeres á los negocios. No conocia mas que dos modos de emplear el